

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry-Mayer), estudio introductorio y comentarios de Miguel León-Portilla, *Arqueología Mexicana*, México, número especial 18, 2005, 107 p.

Introducción

Como es de todos conocido, hacia los primeros días de noviembre de 1519, Cortés, al frente de su hueste hace su primera entrada en Tenochtitlan, lo que significaría para ellos ingresar a un universo inimaginable de gran brillantez.

Para ese entonces, la ciudad tendría de 60 a 100 mil habitantes, lo que no es poco, sobretodo tomando en cuenta la escasa demografía de la época; por ejemplo, se estima que en el Madrid de entonces habría unos cinco mil habitantes.

Para ese entonces, la capital tenochca disfrutaba de una arquitectura de gran calidad dentro del marco de un urbanismo ordenado y bien cuidado.¹

Sabemos que para ese entonces operaba una estructura política bien establecida, tanto en lo que se refiere a la gobernación interna del señorío como a sus relaciones con el exterior. De igual manera, los mexicas bien podrían jactarse de contar con un sistema fiscal eficiente, un comercio floreciente y de poner en práctica procedimientos jurídicos “justos”. Su florecer cultural incluía el despliegue de un sistema educativo competente, además de fomentar el ejercicio de disciplinas científicas como la astronomía y la matemática.

Gracias al doctor León-Portilla, hoy sabemos que los pueblos que hablaban náhuatl habían desarrollado un pensamiento filosófico que les permitía responder a sus cuestionamientos sobre el más allá y a su propia angustia existencial.²

¹ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Editorial Porrúa, 1981, p. 65 y 66.

² Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl*, México, UNAM, 1997.

Los libros del México Antiguo

Es indiscutible entonces, —ustedes estarán de acuerdo conmigo— que en un ámbito así, tenía que haber libros; sin duda, por eso es que como ha dicho León-Portilla, México es una tierra de libros.

Ya desde los inicios de la cultura olmeca en el Preclásico, aparecen signos escritos que luego se difunden a Oaxaca, al área maya y a las regiones nahuas del altiplano.³ De manera que esta cultura letrada del México antiguo viene de muy atrás.

Posteriormente, durante los primeros contactos de los españoles con la realidad indígena, encuentran inmediatamente libros. Como es de todos conocido, a los pocos días del desembarco en Veracruz, varios agentes de la corte tenochca, viajan hacia allá para entrevistarse con Cortés. Como una medida de cortesía diplomática, le presentan un ajuar de regalos riquísimo, tanto que López de Gómara estima su valor en 20 mil ducados, casi lo que había costado armar la flota.⁴

Cuentan que había sido necesario usar un contingente de 100 indios para cargar los regalos,⁵ entre los que había alhajas, piedras preciosas, objetos de plumaria, telas, muchísima ropa, tocados, armas ceremoniales de gran lujo. Y dentro de este tesoro se contaban también varios libros, lo que indica la consideración que se les tenía. Pedro Mártir de Anglería dice que eran ...cantidad... los libros que mandaron en aquella ocasión desde México a la costa, de los cuales parece que Cortés escogió dos para regalar a Carlos V.⁶

De suerte que, libros en el México Antiguo, los hubo, sin duda, lo dicen todos, Motolinía, Durán, Landa, Sahagún, Oviedo, Mendieta, Acosta, Pedro Mártir, Bernal Díaz del Castillo.⁷

Había muchos y de muchos temas, por ejemplo de astronomía,⁸ de religión, de historia; había matrículas fiscales perfectamente detalladas y cartas geográficas y registros administrativos. Es posible que hayan tenido libros de pedagogía, la estructura educativa del siglo XVI apunta en ese sentido; quizás también de farmacopea, tal

³ Ascención Hernández de León-Portilla, "Lenguas y escrituras mesoamericanas", en *Arqueología mexicana*, v. XII, n. 70, noviembre-diciembre de 2004, p. 25.

⁴ Las Casas habla de veinte mil castellanos de oro... en José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, FCE, 1990, p. 128.

⁵ Cortés, *op. cit.*, p. 24.

⁶ Cortés, *op. cit.*, p. 27.

⁷ Landa, *Relación de la cosas de Yucatán*, p. 105, en León-Portilla, *El destino de la palabra*, p. 43.

⁸ Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España...*, México, Porrúa, 1967, t. II, p. 186-180, 229.

vez de agronomía; se dice que Tecuichpo, doña Isabel de Moctezuma tenía en su casa varios libros que hablaban de “sementeras y de cómo hacerlas”.⁹

Posiblemente hubo varios centros productores de códices desde luego en el área maya, en Puebla, en Tlaxcala, en Oaxaca y aquí en el valle de México, como también había centros de acopio de los códices. Seguramente los libros de religión, los manuales adivinatorios, los compendios de liturgia se guardaban en los oratorios de los templos. Bernal Díaz del Castillo cuenta que cuando entraron en el templo de Cempoala encontraron entre la sangre derramada, el copal y todo lo relativo al culto indígena, ...muchos libros.¹⁰

Ahora que sus registros fiscales, sus cartas geográficas, importantísimas para el control político y para sus programas expansionistas, se guardarían en los centros administrativos; en el caso de Tenochtitlan estaban en el *tecpan*. Bernal dice que los tenían allí, en ...una gran casa.,¹¹ como sugiriendo una especie de archivo o biblioteca central. Pero además, es posible que hubiera bibliotecas particulares en las casas de los grandes personajes; tenemos por ejemplo el célebre caso de don Carlos Ometochtzin, un individuo del más rancio abolengo de la nobleza del Acolhuacan, a quien durante el primer período evangelizador, someten a juicio por idólatra. Una de las causales que se presentaron en el curso del proceso, fue precisamente el que don Carlos tenía libros en su casa, tal vez serían manuales adivinatorios, porque en el juicio se dice que eran libros prohibidos y por eso precisamente lo impugna la Inquisición.

Como ya lo mencioné, se dice que Tecuichpo, doña Isabel de Moctezuma tenía libros en su casa¹² y precisamente en una de las obras de don Miguel León-Portilla, se habla de los libros de don Alonso Axayácatl, que luego hereda su hija Bartola, así como también de las bibliotecas de Alvarado Tezozómoc y de Chimalpain y de Alva Ixtlilxóchitl.¹³

Tan había libros que había una industria papelera de gran envergadura y una industria química que producía los tintes y personal especializado que se encargaba de los libros, a manera de los bibliotecarios o archivistas de hoy en día.

Bernal menciona a un tal Tapia, indio muy cercano a Moctezuma, mayordomo mayor, seguramente un gran personaje de la corte

⁹ En Georges Baudot, *Utopía e historia de México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, p. 77.

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, México, Porrúa, 1976, cap. XI, p. 85.

¹¹ *Idem.*, p. 172.

¹² Baudot, *op. cit.*, p. 77.

¹³ León-Portilla, *Códices...*, México, Aguilar, 2004, p. 160.

tenochca, que tenía la tarea de ordenar y controlar todo lo relativo a los libros fiscales del señorío.¹⁴

De suerte que todas las señales nos llevan a pensar en un escenario perfectamente letrado, que poseía un patrimonio documental importante. Lo grave es que dicho patrimonio se perdió; sobrevivieron sólo unas cuantas muestras ejemplares de esta riqueza, de este tesoro que fue uno de los rasgos más brillantes de las culturas mesoamericanas.

El Tonalámatl de los pochtecas. Su estilo

Dentro de este contexto se ubica el *Tonalámatl de los pochtecas*, que hoy sale gracias al esfuerzo intelectual de don Miguel León-Portilla. Huelga decir que este códice es sin duda uno de los logros más acabados del arte escriturario indígena anterior a la Conquista, en el que los especialistas pusieron en juego su sensibilidad y su sabiduría para producir una pieza de gran clase, especialmente virtuosa.¹⁵

El códice está dividido en 44 secciones todas ellas de gran calidad plástica, en las que resalta la clásica línea de contorno negra, muy pareja, muy firme, muy mesoamericana, hecha para circundar las zonas de color, que por cierto en esta publicación han salido magníficamente. En cuanto al dibujo, hay que resaltar la forma sintética que usaron los tlacuilo; es decir, no intentaron hacer representaciones exactas de la realidad, sino que por el contrario, diseñaron una especie de síntesis del modelo real, extremadamente elegante, resultado seguramente de siglos de experimentación.

Ahora que el manejo del espacio, la combinación de las formas y de los colores, los personajes, sus rostros y posturas, la expresividad de brazos y manos, los detalles del vestuario hacen de este libro no sólo una obra de arte, sino una fuente riquísima de información. Por ejemplo, el vestuario de las deidades femeninas, como el de Chalchiuhtlicue, en especial sus faldas... la de jades que está en la lámina 3, la roja de la lámina 11, la de franjas de colores de la lámina 27, por no hablar del *quechquémitl* amarillo de Xochiquétzal (lámina 23) y del sensual atavío de Tlazoltéotl que aparece en la lámina 4 y el no menos provocador *quechquémitl* de Mictecacíhuatl de la lámina 28 o el elegantísimo vestido blanco de Ilancuéitl (lámina 7); todos estos lujosos atavíos presentados en el *Tonalámatl de los Pochtecas* nos revelan

¹⁴ Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. LXXXIV, p. 172

¹⁵ León-Portilla, *Códices...*, p. 228.

el fino sentido de la moda de aquel entonces. Y en el mismo sentido no podríamos dejar de observar la sofisticada cosmetología, usada por los personajes del códice, incluyendo la pintura facial y la corporal. Y en el mismo caso estaría el vestuario de los dioses, sus tocados adornados con mariposas, con pedernales, con plumas de quetzal o de garza como los *aztaxelli* y los distintos modelos de *máxtlatl* y sus pectorales así como los bastones de los pochtecas...

No tiene paralelo la belleza de este códice. Se hizo con un afán tan riguroso, y de tal perfección, que se elevó al momento artístico.

Su contenido

Sin embargo por muy meritorio de todo esto, estoy convencida de que donde realmente radica el valor de este documento, es en su contenido, porque no podemos perder de vista que los códices no se hicieron para adornar, sino para comunicar, para transmitir ideas. Lo que no podríamos entender sin el esfuerzo de los especialistas, como León-Portilla, quien probablemente con enormes dosis de trabajo, de dedicación y de sabiduría se dio a la tarea de descifrar el contenido de este documento. Lo que no fue fácil.

Intentar leer los “antiguos libros del Nuevo Mundo” es un quehacer sumamente demandante, que requiere cumplir con exigencias muy rigurosas, empezando por el manejo de las lenguas indígenas. Pero sobretodo, para leer el *Tonalámatl de los pochtecas*, don Miguel tuvo que introducirse en la plástica autóctona, pero profunda y cabalmente, en su simbología, en su sentido de la comunicación, en sus formas de expresión, en su estructura intelectual. Para leer este códice fue necesario descifrar sus glifos, descomponerlos para desvincular sus elementos y así poder hacer la lectura de cada uno de ellos en particular, dar cuenta de su dimensión, del color; y luego mirar la interacción que se da entre glifos antropónimos, glifos calendáricos y deidades. Sin embargo, la cosa no quedó allí; porque una vez logrado esto, la investigación subió a un nivel más fino y mucho más demandante.

Lo que quiero decir es que para verdaderamente aprisionar el contenido más recóndito de este códice fue necesario entender la profundidad de los conceptos, de los símbolos, de las alegorías, de las metáforas, de las ideas y con ello penetrar en el complicado pensamiento mesoamericano, en sus propias categorías, en su filosofía. Esto es lo que ha hecho León-Portilla al estudiar este códice.

De suerte que la verdadera riqueza de esta publicación, desde mi punto de vista, se centra en que despliega frente al lector del siglo

XXI, lo más íntimo del pensamiento indígena, lo más recóndito de su alma, lo que por cierto estuvo fuertemente ligado a la religión, como se puede ver en este documento. Esas brillantes escenas de dioses, asociados a los ciclos del calendario, nos ponen de manifiesto el papel central que tuvo la religión dentro del universo indígena. Esa insistencia casi obsesiva en el tema de los rituales nos devela nada menos que la intensa devoción del México antiguo. Esas detalladísimas listas de ofrendas, nos hablan de la importancia que el hombre de entonces dio a su relación con la divinidad. E incluso el controvertido tema del sacrificio nos está hablando de su fe.

Es decir, el *Tonalámatl de los pochtecas* reúne por un lado, una obra escrituraria de gran calidad junto con un esquema de fe profunda y en esta reunión, ambas categorías se van desdoblado en forma paralela para producir, dentro de un marco de extrema belleza, un gran homenaje a la divinidad. Así, esta creación del siglo XV, aunada al análisis de León-Portilla, da como resultado una pieza sobresaliente.

Es indiscutible el que al ponernos en la mano la lectura del *tonalpohualli* de los pochtecas, León-Portilla nos ensancha la ventana de la historia para que desde aquí, desde el siglo XXI, podamos vislumbrar la complejidad del fenómeno mesoamericano, su fuerza motriz, sus logros, sus inquietudes y sus angustias.

Con esta publicación avanzamos ciertamente en el entendimiento del México antiguo. Por todo esto, es para mi un señalado honor; dar la bienvenida a la obra del doctor León-Portilla, que hoy por primera vez en 500 años se pone al alcance de la gran mayoría.

ANA RITA VALERO